

CAPÍTULO X

CONCLUSIONES.

La Intervención formó parte de la rebelión del Sur; fué la rebelión de Napoleón III contra la doctrina Monroe. Para que Napoleón se hubiera rebelado era indispensable que la guerra civil en los Estados Unidos indicase el triunfo cierto del Sur. La Intervención fué el anuncio de un hecho muy favorable á México, la guerra civil en el gran país vecino, que terminó con la destrucción de un partido preponderante que había encontrado como único medio de sostener su edificio social y político, la absorción gradual de México. Debido á las necesidades de un partido organizado para la ejecución de un gran crimen social como la esclavitud, México perdió en los primeros cuarenta años de su existencia independiente más de la mitad de su territorio y los cuarenta y tres años siguientes no ha perdido ni un centímetro cuadrado.

*
**

La situación de México anterior á la Intervención era intolerable. La anarquía clavada en la cúspide de la barbarie aparecía como un gran deber. Sin rentas públicas no puede haber gobierno y sin gobierno no puede haber sociedad. La diplomacia protegiendo á los agiotistas voraces, á los caballeros de industria más impuros, á los corruptores más cínicos, á los defraudadores del erario más implacables, se había constituido en instrumento de iniquidad para despojar á México de todas sus rentas públicas por medio de las llamadas convenciones diplomáticas.

La Europa era injusta, había afirmado con la fuerza el inicuo principio de que México debía pagar los agravios hechos á europeos por particulares pacíficos ó rebeldes : el gobierno mexicano era responsable de todos los robos, de todos los asesinatos, de todas las violaciones, de todas las estafas, de todos los malos negocios que perjudicaban á los extranjeros. Ser extranjero llegó á significar ser un amo natural de los mexicanos. Bastaba, como lo llegaron á declarar excepcionales diplomáticos honrados, que un extranjero consiguiera por una falta de policía ó por una intriga, entrar tres días á la cárcel, para que figu-

rara con cincuenta ó cien mil pesos como acreedor del erario mexicano en una convención diplomática. Bastaba que un agiotista extranjero, comprara al tres por ciento algunos millones de pesos de deuda interior, para que se declarasen esos millones deuda extranjera preferente, pagadera á la par, con réditos atrasados y corrientes, con daños y perjuicios, con comisiones y compensaciones, ó en caso contrario, aparecían en Veracruz poderosas escuadras ofreciendo el aniquilamiento de la nación mexicana.

Bajo ese pie de humillación, de despojo, de esclavitud, de miseria, de obligación de despedazarse entre sí los mexicanos, como fieras hambrientas por falta de gobierno y por destrucción sistemática de todo elemento de riqueza, ya no era posible vivir. Aquel estado era peor que la servidumbre colonial, peor que el de las tribus libres de África; peor que el que podía resultar de la más funesta guerra extranjera constantemente sostenida. La guerra con Europa era necesaria; la salvación del régimen sin nuestro diplomático ó la muerte, ó la conquista, ó algo que no fuera estar sujeta la nación á un sistema de robo de agiotistas, se imponía á los mexicanos. Era preciso liquidar con sangre, con sufrimientos, con cóleras espantosas, con energías de bestias acosadas y con rasgos levantados de héroes, los numerosos millones de pesos, que no hacían más que

crecer, multiplicarse, inflarse y desplomarse sobre nuestra existencia, como la tapa colosal de oro de una horrible cripta.

La guerra de Independencia nos libró del sistema colonial, la de Reforma de la dominación del clero, la de Intervención del yugo fenicio diplomático.

*
**

La Intervención sirvió para curar á los conservadores de la enfermedad mental de los *gobiernos fuertes* constituídos por monarquías de origen europeo. Un gobierno no es fuerte por su forma. Los de Felipe II y Carlos II en España, tenían la misma forma y muy distinta fuerza. Un gobierno es fuerte cuando es la expresión de la fuerza de su medio social, y si este medio no tiene fuerza, entonces no puede haber más que anarquía y el necesario gobierno fuerte es imposible.

La Intervención causó disgusto á los conservadores y ya no volverán á colocar sus esperanzas en que sus principios triunfen por medio de las armas extranjeras. El clero se convenció también de que en los tiempos modernos ya no hay cruzadas, ni monarcas católicos que hagan conquistas por la fe, empuñando el estandarte de Constantino, Carlomagno y Hernán Cortés. La Intervención causó la

nacionalización del clero y de sus numerosos partidarios.

La Intervención no se llevó capitales, dejó en México más de cincuenta millones de pesos, procedentes de los gastos hechos por el ejército francés; los empréstitos que hizo Maximiliano en Europa fueron ruinosos para el pueblo francés. El dinero invertido en México por el ejército francés hizo que al entrar Juárez en 1867, las rentas federales, produjeran diez y seis millones, en vez de nueve, como en 1861.

Parte del clero y de sus ovejas creían de buena fé según los escritos, sermones, y discursos de la época, que la libertad de cultos era la ruina inevitable y rápida de la religión católica. Se creía seriamente que los mexicanos eran católicos porque el gobierno les negaba el derecho de ser budistas, musulmanes ó luteranos. La Iglesia se estremecía de espanto al considerar las conquistas devoradoras del error evaporando los jugos religiosos de las almas y dejando una escoria atea en la conciencia de cada individuo. Siete años continuos de libertad de cultos, de 1861 á 1867, probaron al clero y á los fieles que la alarma había sido pueril y los grandes males amenazantes, la pesadilla de sólo una noche. La Intervención, impidiendo la rebelión del partido clerical, entretenido con la grajea de la comisión mandada á Roma por el Archiduque Maximiliano,

dió tiempo á que los írritos se calmasen, á que los afligidos se consolaran y á que los desolados se repusieran. Después de la Intervención, las Leyes de Reforma tuvieron enemigos apáticos en vías de conversión.

Actualmente no hay periódico clerical que combata la libertad de cultos y los esfuerzos del clero tienden á un concordato liberal aunque imposible por haber pasado ya en el mundo la moda de que las naciones contraten sus leyes patrias con personajes extranjeros. Todos los pueblos civilizados reconocen los grandes principios fundamentales de la soberanía individual y del Estado. El gobierno no tiene derecho para hacer tratos con las conciencias de sus gobernados, absolutamente soberanos en las regiones de su inteligencia. El poder espiritual lo posee todo el que piensa y es soberano espiritual todo aquel que le impone al mundo una verdad ó le destruye un pernicioso error.

*
**

Llevamos treinta y siete años de sostener una injusticia para satisfacer las necesidades filosóficas y ruines de nuestro espíritu latino, afligido por una decrepitud sin dignidad. Se nos ha repetido sin cesar : Juárez por su constancia personifica nuestra

guerra contra la Intervención y el Imperio. ¿Acaso no fueron igualmente constantes los grandes caudillos de esa lucha, como los Generales Zaragoza, Arteaga, Salazar, Díaz, Escobedo, Corona, Régules y otros menos notables que, seguidos por jefes y oficiales verdaderamente inmaculados, jamás reconocieron al Imperio y constantemente lo combatieron sin más esperanza personal que la muerte en el combate, en la montaña como las bestias ó la ejecución por la corte marcial? ¿No fueron también constantes los caciques de Chihuahua, de Sonora, de Sinaloa, de Guerrero y de Tamaulipas?

Juárez, permaneciendo en su puesto, desplegó constancia y gran falta de habilidad, y por ella la resistencia estuvo á punto de terminar, si á tiempo la actitud de los Estados Unidos no hubiera hecho cesar en gran parte la persecución activa contra los últimos restos de los republicanos acosados por el ejército francés. La peregrinación de Juárez de México á San Luis fué una fiesta admirablemente descrita por Don José María Iglesias. La permanencia de Juárez en San Luis, Saltillo, Monterrey, Paso del Norte y sobre todo Chihuahua, fué agradable, confortable, saludable é higiénica; todavía más, bajo el punto de vista material fué envidiable. Juárez tiene el primer lugar en la resistencia puramente decorativa, puesto que tenía el primer lugar oficial; pero la historia no se somete á jerar-

quías oficiales, ni de salón, ni administrativas.

Juárez siempre durmió en buena cama, disfrutó de buena mesa, se tonificó con delicados vinos, conversó con excelentes amigos, tuvo al alcance de sus enfermedades notables médicos y recomendables medicinas; tuvo siempre pueblos á quienes imponer contribuciones pesadas que las pagaron, con gusto ó renegando por las exacciones; tuvo empleados que lo obedecieran y lo adularan; sociedades que lo divirtieran, lo elogiaran, lo granjeasen y lo regalasen; en su peregrinación no tuvo más que molestias y entre ellas se puede contar el contra-tiempo de Monterrey. Todas las comodidades de la vida civilizada, con todos los atractivos que puede presentar á los hombres más refinados. Juárez fué un delicado turista que pasó menos trabajos que el Barón de Humboldt en sus exploraciones menos peligrosas y más agradables. Es una ingratitud contra los chihuahuenses que después que se esmeraron con su dinero, su afabilidad, su respeto, sus bailes, sus banquetes, sus contribuciones, su sangre, su aliento patriótico y con toda clase de sacrificios en sostener á Juárez con esquisito cariño y probada abundancia de goces intelectuales y materiales, se les arrojen cínicamente á la cara los *terribles sufrimientos* que pasó Juárez en Chihuahua, comparando su estancia en esa ciudad con el peor de los círculos del infierno del Dante.

El puesto de Juárez no era peligroso, como lo probó su inviolabilidad en Paso del Norte; no era agotante; no era mortal por las enfermedades del clima; no era desesperante por su miseria y desolación, y la mejor prueba es que se lo disputaban con encarnizamiento González Ortega y Don Manuel Ruiz y que de los nueve millones de habitantes mexicanos, con excepción de media docena, todos lo hubieran aceptado con júbilo. Esto no quiere decir que Juárez fuera incapaz de hacer grandes sacrificios, de exponer su vida y perderla, de errar de montaña en montaña, de disputar su presa á las fieras de los bosques, de dormir al aire libre en el lecho de crespones del paludismo, de morir envenenado por un pantano y colgado de los pies por un guerrillero; pero las circunstancias no lo pusieron en condiciones de hacer esos prodigios de abnegación material. La gratitud pública debe recaer sobre lo que hicieron los ciudadanos, no sobre lo que se supone que fueron capaces de hacer.

En ningún país se ha dado el caso de que en épocas de lucha armada grandiosa y tenaz, resuelta á fuerza de sangre y de privaciones, el primer papel pertenezca á un *no combatiente*, que ni ha dirigido á los combatientes, ni los ha auxiliado, ni les ha servido más que para hacerles, por disposiciones sin inteligencia, la lucha más amarga, más peligrosa y más destructora. Cuando se trata de guerras el

primer lugar corresponde siempre á los que pelean y las dirigen.

El puesto de nuestros caudillos guerreros era de peligro inminente, de sacrificio tenaz, desesperado, inmensurable; de insomnio obligatorio, de angustia infinita, de indigencia de pordioseros, de tormentos inauditos, de terrores especiales; de pánicos tremendos, de desalientos abrumadores, de espectáculos siniestros, de derrumbe incesante que enterraba todo bajo su polvo de descomposición y de muerte. El puesto de Juárez no fué el de esos héroes desgredados, de camisa sucia, sin equipajes, sin alimentos sanos y seguros, sin colchones donde reposar, sin garantías para su sueño, sin alivio para su fatiga, sin auxilio para sus enfermedades; acosados por las fiebres malignas, por la escasez de municiones, de pan, de vestuario, de armas; mandando á hombres con aspecto de salvajes, descarnados, desmoralizados, asustadizos, próximos á huir ó á enloquecerse, decididos á arrojarse sobre la tierra y á pedir á sus jefes que los maten porque sus almas de bronce las ha fundido al fin la miseria, el terror y la muerte de las esperanzas.

Juárez no supo lo que era la vida errante, sin carruajes, sin comodidades, sin derechos, sin autoridad; perseguido día y noche por un enemigo feroz que no daba cuartel al prisionero, ni honra al patriota, ni compasión á la bestia humana destinada

al holocausto de la corte marcial ó á la *caza* interminable por haber levantado su corazón hasta luchar contra lo que se le hacía sentir como imposible, la salvación de la República. Por último, el invasor nunca señaló á Juárez como malhechor, que era el título con que se llevaba al patíbulo á los verdaderos héroes.

Dígase lo que se quiera y oféndase quien se ofenda, el primer puesto en esa resistencia, donde un grupo de mexicanos se levantó desde el desprecio universal con que los veía la Europa hasta la altura colossal que tienen derecho á ocupar en la historia, pertenece á los combatientes. El segundo puesto le corresponde á la Legación de Washington, que trabajó activa y gloriosamente contra las intrigas de la diplomacia francesa en Washington, para que el Imperio fuera reconocido; que trabajó contra las intrigas de González Ortega que llegó á impresionar con su legalidad y la usurpación de Juárez á personas muy valiosas de los Estados Unidos. Esa misma Legación combatió desesperadamente las intrigas de Santa-Anna, quien llegó á infundir vivo interés por su causa á Mr. Seward; esa Legación trabajó contra los malos mexicanos que, abusando de las debilidades de Juárez para darles peligrosas autorizaciones con el objeto de obtener dinero y levantar hombres, causaron grandes males á su país, y sin la habilidad, energía y patriotismo

de la Legación, se los hubieran causado irreparables. En suma, toda la grande obra diplomática en los Estados Unidos que tanto sirvió al partido liberal y que se armonizaba y completaba con la heroica resistencia, se debe á los trabajos de la memorable Legación. Cuando nuestra historia sea bien conocida, bien meditada y depurada de asquerosos *politiqueos*, los mexicanos comprenderán que Don Matías Romero, durante el período de la Intervención y el Imperio, prestó á su patria en el orden civil servicios muy superiores á los decorativos que prestó Juárez.

Los servicios intelectuales de Juárez, como gobierno, fueron nulos durante la Intervención, porque no gobernaba. Era un signo de gobierno; un concentrador débil de atención, para evitar la anarquía, que no se produjo debido al patriotismo de los grandes caudillos combatientes. Yo soy el primero que ha probado que no existió la usurpación de Juárez de 1865, contra el General González Ortega; pero el partido liberal no lo creía así; en su conciencia hubo golpe de Estado y lo soportó, no por abyección sino por exceso de patriotismo. Juárez cometió errores gravísimos con la mejor intención, que le corrigieron hábilmente los caudillos, los Estados Unidos ó lo que se llama la casualidad.

*
**

La concesión del primer puesto á Juárez en el triunfo de la República sobre el Imperio, se explica aunque no se justifique, ni sea posible justificarla. La causa de esa elevación de Juárez en las espumas persistentes del sentimiento nacional, tiene la siguiente explicación.

El Imperio era imposible como lo he probado, antes de realizarse fué destruído en Miramar por Maximiliano y sus partidarios, representa el extraño suicidio de un feto. A México llegó el Imperio en carro fúnebre y con destino á la inhumación dentro de los destrozos de nuestra vieja anarquía. Los pueblos poco ilustrados aceptan como prueba lógica de que un hombre haya salvado á su patria de una calamidad, el que ésta no se haya realizado. Un bacilo puede decir para ser creído : « He salvado al planeta terrestre de mil choques cometarios por medio de mi fuerza y astucia, *prueba*, el globo terrestre subsiste á pesar de los cometas en vertiginosa carrera. »

Lo mismo se dice y se prueba respecto del Imperio; aún no se habían embarcado los franceses en Veracruz cuando Miramón y el clero aparecieron con la decisión de estrangularlo. Si en Querétaro hubiera triunfado el ejército imperialista y si

se hubiera conseguido fusilar á Juárez y á todos los liberales, no por eso habría vivido el Imperio : de sus laureles habría brotado la dictadura militar pretoriana y estricta de Miramón, de Márquez, de López, de cualquiera, de un sargento envuelto con la casulla de un clérigo.

Nadie nos ha salvado del Imperio, del mismo modo que nadie ha salvado á la nación mexicana de que la conquistara Epaminondas ó Carlo Magno. Semejante gloria aplicada á Juárez aparece como una de esas *chácharas* de plata ó cobre en los retablos de los santos católicos para probar sus milagros. Los salvadores de las *calamidades imposibles* son ridículos en la fábula é inaceptables en la historia.

Si los Estados Unidos no hubiesen existido ó que la guerra civil los hubiera hecho desaparecer sin dejar un vencedor, Napoleón III, sin vacilar hubiera emprendido la conquista de México y la habría logrado á gran costo, pues todos los mexicanos unidos para defender la independencia, no habríamos resistido al empuje de doscientos mil soldados franceses ó al de todos los que fueran necesarios. Francia en 1866 contaba con todos los elementos indispensables para conquistar á México, cualquiera que hubiera sido nuestra resistencia. La presencia de los Estados Unidos, reconstituídos en inmensa potencia militar, hizo imposible que